



“Creer es dejar que Dios nos llame por nuestro nombre”

En este último tramo de la Cuaresma que hemos iniciado en el pasado tercer domingo, la Iglesia nos va conduciendo por un **itinerario bautismal que culmina en la vigilia pascual en la que, el pueblo cristiano, renueva la fe:**

- Hace dos semanas, Jesús se revelaba como **agua viva** (la samaritana).
- La semana pasada, como **luz del mundo** (el ciego de nacimiento)
- Hoy, ante la tumba de Lázaro, se manifiesta como **resurrección y vida**. No son tres escenas aisladas. Son **tres pasos de un mismo camino**: el camino del bautizado que aprende a beber, a ver y a vivir al estilo de Cristo. Es el don de la fe, que lleva al reconocimiento de Jesús como hijo de Dios, y nos mueve a vivir tomando por guía el evangelio, que siempre nos llevará a horizontes de vida.

1. “Señor, el que tú amas está enfermo”

La escena comienza con una confesión sencilla: “*el que tu amas está enfermo*”. No es un diagnóstico moral, sino existencial. Como dicen los maestros de Israel, “*el corazón humano es un campo donde crecen luces y sombras*”. Reconocerlo no es derrota, es apertura y camino de sanación interior.

La Cuaresma nos invita a **nombrar nuestras heridas**, no para quedarnos en ellas, sino para ponerlas bajo la mirada de Cristo, y esto es la conversión.

2. Jesús llora: la compasión como puerta de la vida

Antes de resucitar a Lázaro, Jesús **llora**. Los

Padres de la Iglesia vieron en este gesto, la prueba de que Dios no salva desde lejos, sino **desde dentro**. San Efrén el Sirio, en sus “Himnos sobre la Fe y el Paraíso”, escribe que “*Dios no vino a impedir nuestras lágrimas, sino a llenarlas de luz*”.

Rabí Rashi, comentando el llanto de José en el Génesis, afirma que **las lágrimas sinceras abren caminos que la fuerza no puede abrir**.

El bautismo que hemos recibido y que vamos a renovar en la vigilia de la pascua, no nos hace invulnerables; nos hace **acompañados**.

3. “Quitad la losa”



Jesús no hace todo solo. Pide a la comunidad que quite la piedra. En la tradición judía, la piedra simboliza aquello que **cierra el corazón**: la resignación, el miedo, la costumbre, la falta de esperanza. El maestro Najmánides, nacido en Gerona en el s.XII/XIII, decía que “*Dios abre puertas, pero el hombre debe querer cruzarlas*”.

El itinerario bautismal es una puerta que se abre pero luego hemos de recorrer el camino, no aisladamente, sino formamos parte de la comunidad de los bautizados: nadie sale de su tumba sin manos que ayuden a mover la piedra.

4. “Lázaro, sal fuera”

Aquí está el centro del Evangelio: **Dios nos llama por nuestro nombre**. No dice “salid”, sino “Lázaro”. La vida nueva no es anónima; es personal,

concreta, irrepetible. Los *anawim*, los humildes de la Biblia, son precisamente aquellos que **se dejan llamar**, que no se esconden detrás de máscaras ni excusas.

El bautismo es esto: **escuchar la voz que nos llama a salir de lo que huele a muerte** y caminar hacia la luz que nos espera fuera. Y huele a muerte todo lo que despersonaliza, la indiferencia, la desesperanza, la mentira que se normaliza, la soledad no elegida, la cultura del descarte, la violencia normalizada: la física, la verbal, la digital, la emocional. Nombrar lo que huele a muerte no es pesimismo: es el primer paso para escuchar la voz que dice “sal fuera”.

5. “Desatadlo y dejadlo andar”

Jesús devuelve la vida, pero confía a la comunidad la tarea de **desatar**. Hay vendas que solo se quitan con paciencia, con ternura, con tiempo. El Talmud dice: “*Quien libera a otro, se libera a sí mismo*”. Acompañar a alguien en su proceso de resurrección es también un acto de conversión personal, y todos necesitamos ser acompañados para:

Escuchar la voz que nos llama por nuestro nombre.

Reconocer nuestras zonas de sombra sin miedo.

Dejarse ayudar a quitar “nuestras vendas”...y cada cual tiene las suyas..., sabiendo que todos caminamos hacia la Pascua. La resurrección de Lázaro no es un espectáculo, es una **promesa**: lo que Dios hizo en Betania quiere hacerlo en nosotros. Que esta semana nos encuentre atentos a esa voz que dice: “**¡Ven, sal fuera!. ¡Vive!. ¡Camina!. Yo estoy contigo.**”





Salmo 129/130

**Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.
Si llevas cuentas de los delitos,
Señor, ¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón, así infundes respeto.
Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora.
Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora.
Porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa; y él redimirá a Israel
de todos sus delitos.**

En el tiempo de Cuaresma, un salmo que puede iluminar el camino de conversión hacia la Pascua es el Salmo 129 (130). Es, junto con el “Miserere”, (51/50), uno de los más celebre de la tradición cristiana, y forma parte de los siete salmos penitenciales. Viene a ser como una lámpara encendida que guía en el camino de vuelta, hacia el abrazo que no es está esperando. Es la invocación sentida de quien ha caído en el pecado. De su corazón brota una llamada apremiante a la escucha, a la espera, a la redención. Es el hombre que, en la soledad y el aislamiento, pide ser salvado. Espera, como el centinela de la mañana, la luz del sol, los primeros destellos de un nuevo amanecer, de un nuevo vivir.

Pero, ¿cómo invocar al Señor desde las oscuras espesuras del pecado? Dante nos lo sugiere en los primeros versos de su obra maestra la “Divina

Comedia”. Dice: “*Hay que levantar la cabeza, mirar hacia arriba*”. Sólo quien mantiene la mirada fija en la cumbre -la cruz-, puede elevar un canto de arrepentimiento desde el valle oscuro de su pecado, y recibir el rocío del perdón del que es todo misericordia.

En la Exposición del Evangelio según san Lucas, san Ambrosio expresa su asombro ante los dones que Dios añade a su perdón:

«Mirad que bueno es Dios que está siempre dispuesto a perdonar los pecados. Aún más, no sólo devuelve lo que había perdido, sino que concede regalos inesperados»...El que antes callaba, ahora profetiza cantando”.

Las 52 palabras hebreas que lo componen, han sido repetidas, traducidas y comentadas con más frecuencia que cualquier otro, y esta súplica continúa siendo un ejemplo espléndido de la alegría del perdón. Esta súplica que surge de los lugares abismales del mal escondido en el corazón humano, penetra los cielos y conduce de la culpa a la gracia, del pecado a la redención, de la noche a la luz. Hemos de fijarnos en el versículo cuarto; podremos descubrir, para alegría de nuestro corazón, que el temor de Dios no nace de la justicia, sino del perdón, como sugiere Pablo: “*¿O es que desprecias el tesoro de su bondad, tolerancia y paciencia, al no reconocer que la bondad de Dios te lleva a la conversión?*” (Romanos 2,4). El gesto del perdón debe infundir dolor por un amor ofendido.

Es una petición urgente, la que se hace en esta plegaria, para escuchar, esperar y redimir. Quien vive en la soledad y el aislamiento, pide ser salvado; espera, como el centinela de la mañana, la luz del sol, los primeros destellos de un nuevo día, de un nuevo vivir.

**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**



V DOMINGO DE CUARESMA
A



¡LÁZARO, SAL FUERA!